

LECTIO DIVINA

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

(substituye el IV domingo del tiempo ordinario)

(2 de febrero 2025)

Mal 3,1-4 Sal 23 Heb 2,14-18 Lc 2, 22-40

TEMA

La “Fiesta de la Presentación del Señor” se celebraba ya en Oriente en el siglo IV. A partir del año 450 nuestros hermanos de Oriente la llaman la “*Fiesta del Encuentro*”: el “encuentro” de Dios con su pueblo, pero también el encuentro de María, José y Jesús con Simeón y Ana. los representantes del fiel Israel, que esperaba la salvación de Dios. El “encuentro” es también con nosotros: es el día en que encontramos a Jesús, la “luz” que ilumina el mundo y nuestra vida.

En la **primera lectura**, el profeta Malaquías anuncia la proximidad del “*Día del Señor*”, el día en el que Dios entrará en su Templo para purificar a su pueblo, renovar su corazón y permitirle vivir en un nuevo dinamismo. Ese día comenzará un nuevo tiempo, el tiempo de la nueva Alianza entre Dios y los hombres.

En el Evangelio, Lucas muestra cómo Jesús, pocos días después de su nacimiento, entró en el Templo de Jerusalén para cumplir la promesa hecha por Dios a través del profeta Malaquías. Recibido por Simeón y Ana, representantes del Israel fiel que esperaba ansiosamente al Mesías de Dios, Jesús es presentado como “*luz de las naciones*” y “*gloria de Israel*”. Él trae la salvación de Dios al mundo.

En la **segunda lectura**, un catequista cristiano, escribiendo “a los Hebreos”, presenta a Jesús como el hermano de los hombres, venido al mundo para promover a la “*descendencia de Abraham*” a la categoría de Hijos amados de Dios. Ofreciendo su vida por amor, introdujo en nuestra naturaleza humana débil, frágil y pecadora, una dinámica de superación de nuestros límites, una dinámica de vida nueva, de vida verdadera y eterna.

Malaquías 3,1-4

Esto dice el Señor: “He aquí que yo envío a mi mensajero. Él preparará el camino delante de mí. De improviso entrará en el santuario el Señor, a quien ustedes buscan, el mensajero de la alianza a quien ustedes desean. Miren: Ya va entrando, dice el Señor de los ejércitos.

*¿Quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién quedará en pie cuando aparezca? Será como fuego de fundición, como la lejía de los lavaderos. Se sentará como un fundidor que refina la plata; como a la plata y al oro, refinará a los hijos de Leví y así podrán ellos ofrecer, como es debido, las ofrendas al Señor. Entonces agradará al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, como en los años antiguos’’. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

El nombre “Malaquías” no es un nombre propio. La palabra significa “**mi enviado**”. Es el título que adopta un profeta anónimo, del que no sabemos prácticamente nada y que se presenta como “enviado” por Yahvé.

Este profeta llevó a cabo su misión en Jerusalén, en el período post-exílico. El Templo ya había sido reconstruido (cf. Mal 1,10) y el culto ya funcionaba, aunque mal (cf. Mal 1,7-9. 12-13). Sin embargo, el entusiasmo por la reconstrucción se vio frenado. Desanimado al ver que las antiguas promesas de Dios (transmitidas por Ezequiel y Deutero-Isaías) no se habían cumplido, el Pueblo había caído en la apatía religiosa y en una absoluta falta de confianza en Dios. Dudó del amor de Dios, de su justicia, de su interés en Judá. Todo este escepticismo repercutió en el culto (cada vez más descuidado) y en la ética (se multiplicaron las debilidades, las injusticias y las arbitrariedades). Este cuadro, posterior a la restauración del Templo, nos sitúa en la primera mitad del siglo V a.C. (entre 480 y 450 a.C.), muy cerca de la época de Esdras y Nehemías.

Malaquías, el “*mensajero de Yahvé*”, reacciona con fuerza ante la situación en la que se encuentra el Pueblo de Judá. Defiende sin concesiones los valores judíos, la fe de los antepasados; señala con el dedo a los sacerdotes, levitas y otros responsables del culto, denunciando su negligencia y venalidad; profetiza la llegada del tiempo en que se ofrecerá a Dios un culto puro y santo; coloca a cada persona ante sus responsabilidades hacia Yahvé y hacia el prójimo; exige la conversión del Pueblo y el alejamiento de la idolatría; condena enérgicamente los matrimonios mixtos (entre judíos y no judíos), que ponen en peligro la fidelidad a Yahvé. Su lógica es la deuteronomista: si el Pueblo persiste en seguir caminos de infidelidad a la Alianza, volverá a experimentar la muerte y la infelicidad, como ocurrió en el pasado reciente; Pero si el Pueblo se vuelve a Yahvé y guarda los mandamientos, volverá a gozar de la vida y la felicidad que Dios ofrece a quienes siguen sus caminos.

El texto de Malaquías que se nos ofrece hoy forma parte de una perícopa que pone en guardia a los habitantes de Jerusalén sobre la inevitabilidad del juicio de Dios: se acerca el “*Día del Señor*”, ese momento decisivo en el que Dios pondrá a cada persona ante sus responsabilidades. y recompensará a cada uno según sus méritos (cf. Mal 2,17-3,5).

MENSAJE

El pueblo de Judá, cansado y desanimado, desahoga su decepción comentando amargamente que los que hacen el mal parecen ser bien considerados a los ojos del Señor y que Dios parece estar en buenos términos con los que practican la iniquidad. Después de todo ¿dónde está la justicia de Dios? – se pregunta uno (Mal 2.17). Ahora, dice Malaquías, Dios está cansado de esta charla. Él, contrariamente a lo que se insinúa, no es cómplice del mal; por eso, se propone venir al encuentro de su pueblo para juzgarlo.

La llegada de Dios será precedida por un “mensajero”, que tendrá el papel de preparar el camino para el Señor. Nuestro texto no explica quién es este “mensajero”; sin embargo, más adelante, la figura que surgirá para preparar el “Día del Señor” se identifica con el profeta Elías (cf. Mal 3,23).

Después de la venida del “mensajero”, el Señor llegará para ejercer su juicio sobre los pecadores. No está claro en el texto si este “Señor” que viene es Dios mismo o si es su “Ungido” (“mesías”). En todo caso, es posible que haya aquí una referencia mesiánica, pues el “mensajero” que precede al “Señor” se identifica con la figura de Elías (para los círculos religiosos de Judá, el profeta que debía venir antes del “Mesías”).

A ese “Señor” que viene se le denomina “*el mensajero de la Alianza*”. Evidentemente, esta “Alianza” será la “nueva Alianza” anunciada por Jeremías (cf. Jr 31,31; 32,40) y por Ezequiel (cf. Ez 16,60; 34,25; 36,26-28), del cual nacerá un pueblo de corazón renovado, un pueblo que viva en comunión con Dios y que cumpla los mandamientos y preceptos de Yahvé. La función del “Señor” es, pues, hacer posible el surgimiento de una “nueva Alianza” que comprometa a Judá con su Dios.

El resultado de la intervención del Señor será la purificación del Pueblo. Para describir esta purificación, el profeta utiliza elementos e imágenes tradicionales: el fuego del refinador y la *lejía de los lavaderos*, la fundición y purificación del oro y de la plata, (v. 2-3a).

Esta “purificación” dará como resultado un nuevo sacerdocio (“*los hijos de Leví... podrán ellos ofrecer, como es debido, las ofrendas al Señor*” – v. 3), que hará que “la ofrenda de Judá y Jerusalén” sea nuevamente “agradable”. “al Señor como en los días pasados, como en los años antiguos” (v. 4).

La purificación del sacerdocio y del culto realizado por el Señor será un signo claro de la llegada de un nuevo tiempo, el tiempo en el que Dios estará con su Pueblo y en el que un Pueblo con corazón renovado se entregará sinceramente, adoración verdadera, agradable a Dios.

ACTUALIZACION

- En la fiesta de la Presentación del Señor, Malaquías “presenta” al Señor que viene a purificar a su Pueblo e inaugurar un tiempo nuevo, el tiempo de la nueva Alianza. Esta “venida” muestra que Dios no se contenta con la apatía, el inmovilismo, la complacencia, el acomodamiento y el derrotismo que nos impiden avanzar hacia una vida plena; muestra cómo Dios nunca deja de desafiarnos a la conversión, a la re-novación y a la construcción de una vida más feliz y plena. Malaquías compara la intervención purificadora de Dios con el “fuego purificador” que destruye la escoria y hace aparecer los metales

preciosos, o con la “lejía de los lavaderos” que quema, desinfecta, quita manchas, purifica y deja la ropa limpia. ¿Qué escoria y basura es la que cubre nuestra vida y oscurece nuestra condición de hijos e hijas de Dios? ¿Cuáles son las manchas que tenemos que limpiar con cloro para que nuestra vida brille siempre con la blancura de Dios? ¿Estamos disponibles para acoger las preguntas y los desafíos purificadores que Dios nos trae?

- Podemos entender la referencia de Malaquías a la purificación de los “hijos de Leví”, para que presenten a Dios un culto renovado y purificado, como una invitación a purificar nuestro modo de vivir y celebrar la fe. A menudo “pensamos” que nuestra fe es un conjunto de ritos religiosos meramente externos, huecos y vacíos, secos y estériles, que no involucran nuestro corazón ni nuestra mente; a menudo nuestra manera de vivir nuestra fe es una simple repetición de prácticas religiosas tradicionales, de oraciones memorizadas y descoloridas, que no expresan nuestro amor y nuestra comunión con Dios; muchas veces nuestras celebraciones, llenas de pompa y solemnidad, no son más que el cumplimiento de un folklore religioso que la tradición ha consagrado... ¿Cómo podemos purificar nuestra manera de vivir y celebrar la fe? ¿Qué tendremos que hacer para que nuestras celebraciones sean más auténticas? ¿Son nuestras Eucaristías un verdadero encuentro con Jesús y con los hermanos con quienes compartimos la fe? Después de celebrar la Eucaristía, ¿volvemos a nuestra vida transformados, menos egoístas y más comprometidos con la construcción del Reino de Dios?

- La profecía de Malaquías se realizó plenamente cuando Jesús entró en nuestra historia y se presentó entre nosotros. Nos proporciona una clave para comprender a Jesús, su misterio, sus palabras, sus gestos, su proyecto. ¿Cómo acogemos y realizamos la invitación a la purificación, a la conversión (“conviértanse y crean”) que Jesús vino a dejarnos? ¿Qué valor tienen para nosotros las llamadas que Jesús nos hace a vivir desprendidos de nuestras posesiones, a servir de manera sencilla y humilde a nuestros hermanos y hermanas que nos necesitan, a liberarnos de nuestro egoísmo, de nuestra vanidad y de nuestros delirios de grandeza? ¿Qué peso tiene en nuestro modo de vivir la lección de la cruz, de la entrega total al servicio del proyecto de Dios, de la donación total de sí por amor?

Salmo 23

R. El Señor es el rey de la gloria.

¡Puertas, ábranse de par en par;
agrándense, portones eternos,
porque va a entrar el rey de la gloria! R.

R. El Señor es el rey de la gloria.

¿Y quién es el rey de la gloria?

Es el Señor, fuerte y poderoso,

el Señor, poderoso en la batalla. R.

R. El Señor es el rey de la gloria.

¡Puertas, ábranse de par en par;
agrándense, portones eternos,
porque va a entrar el rey de la gloria! R.

R. El Señor es el rey de la gloria.

¿Y quién es el rey de la gloria?

El Señor, Dios de los ejércitos,

es el rey de la gloria. R.

R. El Señor es el rey de la gloria.

Hebreos 2,14-18

Hermanos: Todos los hijos de una familia tienen la misma sangre; por eso, Jesús quiso ser de nuestra misma sangre, para destruir con su muerte al diablo, que mediante la muerte, dominaba a los hombres, y para liberar a aquellos que, por temor a la muerte, vivían como esclavos toda su vida.

*Pues como bien saben, Jesús no vino a ayudar a los ángeles, sino a los descendientes de Abraham; por eso tuvo que hacerse semejante a sus hermanos en todo, a fin de llegar a ser sumo sacerdote, misericordioso con ellos y fiel en las relaciones que median entre Dios y los hombres, y expiar así los pecados del pueblo. Como él mismo fue probado por medio del sufrimiento, puede ahora ayudar a los que están sometidos a la prueba. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

El escrito que llamamos “*Carta a los Hebreos*” parece ser, más que una carta, un sermón o un discurso destinado a ser proclamado oralmente. No sabemos quién fue su autor. La tradición de las Iglesias orientales la atribuye a Pablo; pero las Iglesias occidentales hace tiempo que descartaron la

autoría paulina de este documento: la forma literaria, el lenguaje, el estilo, la manera de citar el Antiguo Testamento e incluso la doctrina expuesta están bastante lejos de cualquier otro escrito paulino. Se cree que fue escrito por un cristiano anónimo, tal vez un discípulo de Pablo, quien, sin embargo, conocía muy bien el Antiguo Testamento.

La antigua tradición sitúa a los “hebreos” como los destinatarios de este escrito; sin embargo, no hay ninguna indicación en todo el escrito de que el texto estuviera destinado específicamente a los cristianos del mundo judío. Es cierto que hace referencia constantemente al Antiguo Testamento; pero el Antiguo Testamento era ya, en la época de la aparición de la Carta a los Hebreos, patrimonio común de todos los cristianos, fueran de origen judío o pagano. En todo caso, se trataba de comunidades cristianas en situaciones difíciles, expuestas a la persecución y que vivían en un ambiente hostil a la fe... Los miembros de estas comunidades ya habían perdido el fervor inicial por el Evangelio, se habían dejado contaminar por el desánimo y están empezando a ceder a la seducción de ciertas doctrinas poco coherentes con la fe recibida de los apóstoles... El objetivo del autor de este “discurso” es favorecer la experiencia del compromiso cristiano y llevar a los creyentes a crecer en la fe. Habría sido escrito en los años previos a la destrucción de la ciudad de Jerusalén (ocurrida en el año 70), ya que el autor se refiere a la liturgia del Templo como una realidad aún actual. Es probable, por tanto, que apareciera alrededor del año 67, muy cerca del momento en que Pablo y Pedro fueron martirizados en Roma.

La Carta a los Hebreos presenta –utilizando el lenguaje de la teología judía– el misterio de Cristo, sacerdote por excelencia, mediante el cual los hombres tienen libre acceso a Dios y son insertados en la comunión real y definitiva con Dios. El autor aprovecha luego la ocasión para reflexionar sobre las implicaciones de este hecho: puestos en relación con el Padre por Cristo-sacerdote, los creyentes se insertan en este Pueblo sacerdotal que es la comunidad cristiana y deben hacer de su vida un sacrificio continuo de alabanza, de entrega y amor. De este modo, el autor ofrece a los cristianos una profundización y ampliación de la fe primitiva, capaz de revitalizar su experiencia de fe, debilitada por el acomodamiento y la persecución.

El texto que se nos propone pertenece a la primera parte de la carta (Hb 1,5-2,18). Allí, el autor presenta el misterio de Cristo, el Hijo de Dios muy superior a los ángeles y a quien el Padre envió al mundo para presentar a los hombres una propuesta de vida y salvación. En esta sección, el autor de la carta reflexiona sobre el tradicional “kerigma” cristiano: Dios glorificó a su Hijo Jesús resucitándolo de entre los muertos, después de haber asumido la suerte de los hombres y haberse identificado con ellos hasta el extremo de la muerte en la cruz. Más concretamente, en la perícopa de Hb 2,10-18, el “catequista” busca explicar por qué el plan del Padre preveía que Jesús pasara por la cruz, apareciendo como un hombre sufriente y aniquilado, despojado de sus prerrogativas divinas. Desde la perspectiva del autor del texto, la muerte de Cristo no fue un absurdo, un capricho, un accidente; pero era algo que encajaba y se explicaba en el contexto del plan salvífico de Dios.

MENSAJE

El plan salvífico de Dios sobre los hombres apunta a hacer surgir al Hombre Nuevo, es decir, al hombre que ha superado su condición limitada y pecadora, que se ha despojado del egoísmo, del orgullo y de la autosuficiencia y que ha alcanzado la realización total de su ser. la situación definitiva del hombre liberado, a la vida verdadera y eterna, a la condición de “*hijo de Dios*”.

Ahora bien, para llevar a cabo este proyecto, Dios envió a su Hijo al encuentro de los hombres. Cristo nació entre nosotros, tomó nuestra carne mortal, simpatizó con nuestra humanidad y conoció nuestras limitaciones y nuestras debilidades. Parecía un hombre y compartía la condición de los hombres. Haciéndose hombre, se hizo nuestro hermano; haciéndose hermano nuestro, nos insertó en la familia divina y nos promovió a la categoría de “hijos de Dios”.

La condición de “hijos de Dios” exige, sin embargo, la superación de todo lo que hay de frágil, de débil, de corruptible, de finito en nosotros... Cristo, cumpliendo el plan del Padre, quiso mostrarnos cómo superar la fragilidad, la finitud, la debilidad. de la naturaleza humana y nos reveló que el secreto de la vida eterna pasa por una vida hecha de don y de amor radical a Dios y a los hermanos. El último paso que dio para vencer la finitud y la debilidad fue precisamente vencer la muerte, porque la muerte es la mani-

festación extrema de la debilidad, de la corruptibilidad, de la finitud de nuestra condición... Mientras genera miedo, sufrimiento, esclavitud, la muerte perpetúa nuestra debilidad y fragilidad, impidiéndonos alcanzar la vida plena del hombre liberado. Por eso, para hacernos “hijos de Dios”, Jesús tuvo que vencer la muerte.

Es en este contexto que el autor de la Carta a los Hebreos sitúa la muerte de Jesús. Ante la muerte, Cristo se asemeja a sus hermanos; Al vencer la muerte, Cristo los liberó del miedo y de la esclavitud. Cristo aceptó la muerte en la cruz para derrotar al mayor enemigo de la vida y de la libertad del hombre: la muerte misma.

Al hacerse hombre, Jesús se convirtió en “un misericordioso y fiel sumo sacerdote” (v.17). La función del sumo sacerdote es servir de puente entre los hombres y Dios; y, viniendo a nuestro encuentro, haciéndose nuestro hermano, venciendo la muerte, asociándonos a la familia de Dios, Jesús restableció la comunión entre los hombres y Dios. Como sumo sacerdote, realizó también la expiación por los pecados del pueblo (v. 17), es decir, introdujo en nuestra naturaleza humana débil, frágil y pecadora, dinámicas de superación de nuestros límites y fracasos, dinámicas de vida nueva, de vida verdadera y eterna, de vida divina.

ACTUALIZACION

- Esta historia de un Dios que aceptó anular sus prerrogativas divinas para venir a nuestro encuentro, asumir nuestras debilidades y limitaciones, afrontar nuestras necesidades y egoísmos, dar su propia vida para que pudiéramos descubrir la vida verdadera, es una historia casi incomprensible para todo aquel que intente leerlo a la luz de nuestros criterios y de nuestra lógica humana; pero es una historia que ilustra, sin dejar lugar a dudas, la intensidad y radicalidad del amor de Dios por nosotros. En la fiesta de la Presentación del Señor estamos invitados a mirar a este “Señor” que se presenta en nuestra historia “armado” con un proyecto de amor, para abrir las puertas de la familia de Dios y de la vida en plenitud. ¿Cómo influye esta realidad en nuestras vidas? ¿Es una fuente de alegría, esperanza y coraje? ¿Cómo respondemos a la iniciativa de Dios? ¿Intentamos ser testigos, entre nuestros hermanos, de este Dios que nos ama tan absolutamente y con tanto compromiso?

- ¿Por qué Jesús tuvo que pasar por la cruz? Porque quería enfrentar los mecanismos del mal, de la injusticia, de la violencia y de la muerte que destruían la vida de sus hermanos; porque quería mostrarnos que la vida debe vivirse con un sentido de entrega total, de amor extremo; porque quería mirar a la muerte a la cara y vencerla para que nunca más volviéramos a tenerle miedo; porque quería sellar con su trágica muerte su entrega al plan de Dios y su amor a los hombres. Al dar su vida, Cristo “expió” nuestros pecados: actuó sobre nosotros en el sentido de transformar nuestra condición débil y pecadora y llevarnos a vivir una vida plenamente transformada. ¿Cómo vemos la muerte de Cristo? ¿Qué efectos tiene sobre nosotros? ¿Contemplar la entrega de Cristo nos lleva a vivir en una dinámica de amor y de vida nueva? ¿La victoria de Jesús sobre la muerte nos libera del miedo y nos lleva a mirar la vida con más confianza?
- Jesús experimentó nuestra debilidad y nuestras limitaciones; se solidarizó con todos los hombres y mujeres, independientemente del lugar que la sociedad les asignara. Estaba especialmente del lado de los más frágiles, de los más pequeños, de los más olvidados. Su ejemplo nos invita a ser solidarios con los últimos, con los pobres, con los más humildes, con aquellos a quienes el mundo rechaza y margina; nos invita a identificarnos con los sufrimientos y las angustias, las alegrías y las esperanzas de cada hombre y mujer; Nos invita a hacer lo que podamos para promover a aquellos que son humillados, explotados, incomprendidos y colocados al margen de la vida y de la historia. ¿Nos sentimos solidarios con nuestros hermanos y hermanas que recorren nuestro camino, especialmente con aquellos a quienes nadie cuida, a quienes nadie ama, a quienes nadie defiende? ¿Sentimos que los dolores y las heridas que hacen sufrir a nuestros hermanos son también los nuestros?

Lucas 2,22-40

Transcurrido el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, ella y José llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley: Todo primogénito varón será consagrado al Señor, y también para ofrecer, como dice la ley, un par de tórtolas o dos pichones.

Vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón, varón justo y temeroso de Dios, que aguardaba el consuelo de Israel; en él moraba el Espíritu Santo, el cual le había revelado que no moriría sin haber visto antes al Mesías del Señor. Movido por el Espíritu, fue al templo, y cuando José y María entraban con el niño Jesús para cumplir con lo prescrito por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios, diciendo:

*“Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo,
según lo que me habías prometido,
porque mis ojos han visto a tu Salvador,
al que has preparado para bien de todos los pueblos;
luz que alumbra a las naciones
y gloria de tu pueblo, Israel”.*

El padre y la madre del niño estaban admirados de semejantes palabras. Simeón los bendijo, y a María, la madre de Jesús, le anunció: “Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atravesará el alma”.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana. De joven, había vivido siete años casada, y tenía ya ochenta y cuatro años de edad. No se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Ana se acercó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel.

*Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él. **Palabra del Señor.***

AMBIENTE

El interés fundamental de los primeros cristianos no se centraba en la infancia de Jesús, sino en su mensaje y propuesta; Por este motivo, la catequesis cristiana primitiva se interesó particularmente en preservar la memoria de la vida pública y de la pasión del Señor.

Sólo más tarde surgió cierta curiosidad sobre los primeros años de la vida de Jesús. Luego se recopiló alguna información histórica sobre la infancia de Jesús; y este material fue luego amasado y trabajado para transmitir lo que la catequesis primitiva enseñaba sobre Jesús y su misterio. Sobre este fundamento se asienta el llamado “***Evangelio de la Infancia***” (del que forma parte el texto de hoy); parte de algunos indicios históricos y desarrolla una reflexión teológica para explicar quién es Jesús. En esta sección del Evangelio, Lucas está mucho más interesado en decirnos quién es Jesús que en contarnos hechos memorables sobre su infancia.

Lucas nos presenta, en el Evangelio que nos propone la liturgia de esta fiesta, el cuadro de la presentación de Jesús en el Templo de Jerusalén. Según la Ley de Moisés, todos los primogénitos (tanto hombres como animales) pertenecían a Yahvé y debían ser ofrecidos a Yahvé (cf. Ex 13,1-2. 11-16). La costumbre de ofrecer los primogénitos a los dioses es una costumbre cananea que, sin embargo, Israel transformó con respecto a los primogénitos humanos: éstos no debían ser ofrecidos en sacrificio, sino redimidos por un animal, que sería inmolado al Señor.

Según Levítico 12:6-8, cuarenta días después del nacimiento de un niño, éste debía ser presentado en el Templo, donde la madre ofrecía un ritual de purificación. En esta ceremonia se debe ofrendar un cordero de un año (para familias más adineradas) o dos palomas o dos tórtolas (para familias con menos recursos).

La escena se desarrolla en el Templo de Jerusalén. Construido por Salomón en el siglo X a.C.; el Templo había sido destruido en el año 586 a.C., cuando los babilonios conquistaron Jerusalén y llevaron a la población de la ciudad al exilio. Reconstruido después del Exilio, por acción de Zorobabel, en formas bastante modestas, el Templo fue, para los judíos, el gran centro religioso del judaísmo, el lugar donde Dios residía en medio de su Pueblo. En el siglo I A.C. Herodes, para agradar a los judíos, propuso restaurarlo. Las obras comenzaron en el año 19 a.C. y continuó durante muchos años. El Templo de aquella

época –del tiempo de Jesús– acabaría siendo destruido en el año 70, cuando las tropas romanas comandadas por Tito sitiaron y destruyeron Jerusalén.

MENSAJE

El profeta Malaquías había profetizado (como hemos visto en el texto que la liturgia de este día nos propone como primera lectura) acerca del día en que “el Señor” vendría al encuentro de su pueblo y entraría en el Templo, lleno de gloria y esplendor, para purificar a su Pueblo (cf. Mal 3,1), «*como fuego purificador y como lejía de lavadores*» (Mal 3,2-3). Lucas entiende que ha llegado el momento de que esta profecía se cumpla. Pero, contra toda expectativa, Dios aparece en la figura de un bebé nacido hace unos días, débil e indefenso, presentado en los brazos de su madre. Los caminos que Dios utiliza para llegar hasta nosotros, para presentarse al mundo, son muy extraños.

Aquella pobre familia de Galilea que llegó a Jerusalén para cumplir la Ley del Señor, concerniente a la redención de los primogénitos que pertenecían al Señor, encontró en el Templo a un hombre llamado Simeón. Lucas dice de Simeón que era “*justo y piadoso*”, que “*esperaba la consolación de Israel*” y que “*el Espíritu Santo estaba sobre él*” (v. 25). Simeón es, en esta catequesis de Lucas, la figura de Israel que esperaba ansiosamente el cumplimiento de las promesas de Dios. Lucas explica que el Espíritu Santo le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías del Señor; y que, aquel día, había llegado al Templo movido por el Espíritu (vs. 26-27). Simeón vio en aquel niño, hijo de pobres campesinos de Galilea, el cumplimiento de las promesas de Dios. Tomó al niño en sus brazos –como si lo presentara a Israel y al mundo– y pronunció un oráculo muy bello (vv. 29-32), que la liturgia conoce por las palabras latinas que lo inician: “*Nunc Dimittis*”.

En este cántico, Simeón comienza diciéndole a Dios que ahora puede morir en paz (v. 29), porque ya ha visto llegar la salvación de Dios, en la figura de aquel niño en sus brazos (v. 30). Con estas palabras, Simeón declara solemnemente que el tiempo de espera ha terminado y que el Mesías de Dios ha llegado. Este Mesías viene como “salvación de Dios”, es decir, trae consigo los bienes que Dios quiere ofrecer a sus hijos para que tengan vida en abundancia. La salvación que trae el Mesías brillará como “luz”, no sólo para Israel, sino para todos los pueblos (vs. 31-32). El tema de la “luz” nos remite a los cantos del Siervo de Yahvé, del Deutero-Isaías, donde se profetiza la llegada de un “Siervo” designado por Dios como “luz de las naciones” para “*abrir los ojos de los ciegos*”, para “*sacar a los presos de la cárcel*” y “*a los que viven encadenados de la prisión*” (Is 42,6-7), para llevar la salvación de Dios “*hasta los confines de la tierra*” (Is 49, 6). Simeón está absolutamente seguro de que esa luz finalmente ha llegado, en la figura de aquel niño. Lucas menciona también un tema que le resulta muy querido: la universalidad de la salvación de Dios. Dios ya no tiene un Pueblo elegido, sino que su salvación es para todos los pueblos, independientemente de su raza, su cultura, sus fronteras, sus representaciones religiosas.

Lucas añade que María y José “*quedaron admirados*” por lo que Simeón les contó acerca del niño (v. 33). Simeón no les explica cómo llegó a las conclusiones que acaba de formular. Sin embargo, se dirige a María y proclama un segundo oráculo (vs. 34-35). Profetiza, en primer lugar, que el niño será causa de divisiones en Israel y que la propuesta que trae no será aceptada pacíficamente (v. 34). Lucas mostrará más tarde, al contar la historia de Jesús, la verdad de estas palabras. Luego Simeón advierte a María: “*Una espada traspasará tu propia alma*” (v. 35a). La expresión puede referirse tanto al sufrimiento que sobrevendrá a María cuando vea a su hijo condenado a muerte y crucificado en el Calvario, como a la división de Israel ante la propuesta de Jesús (María, como figura del Pueblo fiel, tienen que elegir a Jesús, distanciándose del Israel infiel que no quiere aceptar la propuesta que trae Jesús).

De la figura de Simeón, la atención se desplaza a otra figura: una mujer anciana llamada Ana, que «*no se apartaba del templo, sirviendo a Dios noche y día, con ayunos y oraciones*» (v. 37). Su figura presenta rasgos de otras mujeres de la Biblia, como Judit (que quedó viuda tras la muerte de su marido, y que liberó a Israel de las manos del cruel Holofernes, general asirio) o como otra Ana, la madre del profeta Samuel (cf. 1Sam 1,7-12). La presenta como una “profecía”, lo que confiere autoridad y verdad a su intervención. Ella, en esa circunstancia, “*comenzó a alabar a Dios y a hablar del Niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén*” (v. 38). Ella, mientras “profetiza”, confirma que todo lo que dijeron los profetas de Israel sobre el Mesías se confirma en aquel niño presentado en el Templo de Jerusalén.

Simeón y Ana, cada uno a su manera, reconocen en el niño que se presenta en el Templo el cumplimiento de las promesas de Dios. Ven en este niño una luz que brilla en la oscuridad del mundo e ilumina el camino y la vida de los hombres. Reciben a este niño como “la salvación” prometida por Dios y largamente esperada por el fiel Israel. Creen que esta salvación traspasará las fronteras estrechas de Israel y será ofrecida a todos los hombres y mujeres, de todas las razas.

Terminada la “presentación” de Jesús, la familia de Nazaret regresó a casa. Del espacio del Templo, el plan salvífico de Dios comienza a desarrollarse en el hogar pobre de una familia campesina pobre, de un pueblo de las montañas de Galilea. Lejos de los focos de atención, *“El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él”* (v. 40). El plan salvífico de Dios, que estuvo oculto durante algún tiempo, a su debido tiempo se hará público nuevamente.

ACTUALIZACION

+No es raro que, en medio de tantas vicisitudes que marcan este siglo que nos toca vivir, nos sintamos desorientados y a la deriva, como si la historia del mundo y de los hombres se nos escapara de las manos y no supiéramos exactamente hacia dónde nos dirigimos debe dirigir nuestros pasos. En este momento de cambio político, donde alardean de hace redadas contra migrantes y familias, donde hay una actitud racista. ¿Quién nos mostrará la tierra firme donde podemos sentirnos seguros? ¿Quién nos guiará en el turbulento viaje de la historia y de la vida? En la fiesta de la “Presentación del Señor”, Jesús se nos presenta como “la salvación puesta al alcance de todos los pueblos”, la “luz que se revelará a las naciones y la gloria de Israel”, el Mesías con una propuesta de liberación para todos los hombres. ¿Qué eco encuentra en nuestro corazón la “presentación” de Jesús? ¿Es Jesús, en efecto, la luz que ilumina nuestra vida y nos guía por los caminos del mundo? ¿Es Él, para nosotros, el camino correcto e incuestionable hacia la salvación, hacia la vida verdadera y plena? ¿Es en Él donde ponemos nuestro anhelo de liberación y de nueva vida? ¿Caminamos detrás de Él, seguros de que el camino que Él propone conduce a una vida plena? Si tantas personas ignoran la “luz” liberadora que Jesús vino a iluminar o no se sienten interpeladas por el proyecto de Jesús, ¿no es en parte nuestra propia inacción, nuestro propio acomodo, nuestra “grisura” en la vivencia de nuestra fe, nuestra inconsistencia? ¿De qué manera sincera damos testimonio?

+Simeón y Ana, los dos ancianos que acogen a Jesús en el Templo de Jerusalén, son personas atentas al Dios liberador que viene a su encuentro y que saben leer los signos de Dios en el niño que llega. No viven centrados en nimiedades, no “desperdician el tiempo” que aún les queda en la vida en actividades intrascendentes, no aceptan vivir en un retiro dorado que los aleja del mundo y los exime de colaborar en el proyecto de Dios para el mundo y para los hombres. Atentos a la voz del Espíritu, viviendo en diálogo continuo con Dios, detectan la llegada de Dios y dan testimonio ante sus compatriotas de la presencia salvífica y redentora de Dios en medio de su Pueblo. Son personas que cultivan la intimidad con Dios, que escuchan a Dios, que se esfuerzan por percibir las indicaciones de Dios y que son signos vivos de Dios en la vida de quienes se cruzan en su camino. Saben que, mientras caminan por la tierra, están llamados a dar testimonio de Dios y de su plan salvífico. A través de ellos la luz de Dios brilla en el mundo y lo ilumina. ¿Así también vivimos nosotros? ¿Buscamos comprender los signos de Dios y ser testigos activos, en medio del mundo, de Dios y de su plan de salvación?

+Tanto Simeón como la profetisa Ana son personas muy mayores. Pero no viven de recuerdos, no se centran en el pasado, ni lloran sus penas porque se sienten viejos y frágiles. Tienen memoria de las antiguas promesas de Dios; pero viven con la mirada puesta en el presente, preocupados de ver cómo en el “hoy” de la historia humana Dios cumple sus promesas de salvación; y cuando descubren la presencia de Dios, la proclaman con alegría y entusiasmo. Los ancianos, -ya sea por su madurez, sabiduría y equilibrio, o por el tiempo del que normalmente disponen-, pueden ser testigos privilegiados de los valores de Dios, intérpretes de los signos de Dios, profetas creíbles que fuerzan al mundo a confrontarse con los desafíos de Dios. No deben vivir centrados en el pasado, refugiándose en una realidad alienante, transformados en “estatuas de sal”, sino que viven con la mirada puesta en el futuro, con el espíritu abierto y libre, poniendo su sabiduría y experiencia al servicio de la comunidad humana y cristiana, enseñando a los más jóvenes a distinguir entre lo que es eterno e importante y lo que es fugaz y accesorio. Aquellos a

quienes Dios concede la gracia de una larga vida, ¿viven así? ¿Transmiten alegría, optimismo, fe, esperanza en un futuro donde Dios está presente?

+En este episodio evangélico, Lucas nos presenta una familia – la Sagrada Familia – en la que Dios es la referencia fundamental. Cuatro veces (vs. 22, 23, 24, 27), Lucas menciona, respecto de la familia de Jesús, el cumplimiento de la Ley de Moisés, la Ley del Señor o la Palabra del Señor. La familia de Jesús, María y José es, por tanto, una familia que escucha la Palabra de Dios y que construye su existencia al ritmo de la Palabra de Dios y de los desafíos de Dios. María y José sabían que una familia que escucha la Palabra de Dios y busca responder a los desafíos que ella plantea es una familia con un proyecto de vida significativo; y sabían que una familia que se deja guiar por la Palabra de Dios es una familia que está construida sobre la roca sólida de los valores eternos. ¿Qué importancia tiene Dios en la vida de nuestras familias? ¿Buscamos hacer que cada miembro de nuestras familias crezca en sensibilidad progresiva a la Palabra de Dios y a los desafíos de Dios? ¿Encontramos tiempo para reunirnos como familia en torno a la Palabra de Dios y compartir la Palabra de Dios como familia?

+Cuando Dios “cuenta” en una familia, los valores de Dios se convierten, para todos los miembros de esa comunidad familiar, en las marcas que definen el sentido de la existencia. El espacio familiar, entonces, se convierte en la escuela donde aprendemos el amor, la solidaridad, el compartir, el servicio, el diálogo, el respeto, el cuidado, el perdón, la fraternidad universal, el cuidado de la creación, la atención a los más frágiles, el sentido del compromiso, el sacrificio, la entrega y la donación... ¿Estos valores – los valores de Dios – qué buscamos cultivar en nuestra comunidad familiar?

+Según la ley judía, todo primogénito debía ser consagrado y dedicado al Señor. Jesús también es presentado en el Templo y consagrado al Señor. En nuestras familias cristianas existe normalmente una preocupación legítima por proporcionar a cada niño condiciones óptimas de vida, educación, acceso a la instrucción y cuidados esenciales... ¿Siempre habrá una preocupación similar con respecto a la formación en la fe y a proporcionar a los niños una verdadera educación en vida cristiana y en los valores de Jesucristo? ¿Los padres cristianos se preocupan siempre de dar a sus hijos un ejemplo de coherencia con los compromisos asumidos el día del Bautismo? ¿Se preocupan por ser los primeros catequistas de sus hijos, transmitiéndoles los valores del Evangelio? ¿Se preocupan de acompañar y valorizar la formación y el camino catequético de sus hijos, de insertarlos en una comunidad de fe, de integrarlos en la familia de Jesús, de consagrarlos al servicio de Dios? ¿Has consagrado a tu hijo para que el Señor lo llame para el Sacerdocio o la vida religiosa?

+Después de aquellos momentos gloriosos en el Templo de Jerusalén, el plan salvífico de Dios quedó “escondido” en aquella pobre casa familiar, en el pueblo de Nazaret, donde vivían María, José y Jesús. El plan salvífico de Dios se desarrolla a menudo lejos de los focos, en la sencillez de nuestra vida, de nuestras familias, de nuestras casas, de nuestros pueblos y ciudades. ¿Somos conscientes de esto? ¿Somos capaces de leer los signos y percibir el acontecimiento de la salvación de Dios en nuestra vida sencilla y cotidiana?